

QUIPU

VIRTUAL



BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - N° 23 06/11/2020

EL JUICIO FINAL DE DIEGO QUISPE TITO



DIEGO QUISPE TITO Y EL JUICIO FINAL EN LOS ANDES

LUIS EDUARDO WUFFARDEN*

Aproximación al monumental lienzo que conserva el Convento de San Francisco del Cuzco.

Descendiente de antiguos linajes incaicos, el maestro Diego Quispe Tito (1611-1681) es recordado, ante todo, por ser una de las personalidades más influyentes de la pintura cuzqueña en el virreinato. Encarna el prototipo de aquellos nobles indígenas que, desde comienzos del siglo XVII, redefinieron en términos propios el concepto del «pintor-hidalgo» -surgido en el Siglo de Oro español-, como parte de una estrategia para obtener reconocimiento dentro de la compleja trama social posterior a la conquista.

Provenía del pueblo de San Sebastián -en la periferia cuzqueña- y es probable que perteneciera a una estirpe empobrecida o no fuera hijo primogénito, por lo que su talento artístico le permitió alcanzar un estatus acorde con la condición de «inga». En 1634, siendo aún muy joven, dejaba uno de sus primeros cuadros firmados, la *Ascensión de Cristo*, en la iglesia parroquial de San Sebastián, especificando que lo hacía «de su mano y a su costa». Esa labor se intensificó después del terremoto de 1650, cuando ese templo lugareño tuvo que ser completamente reconstruido y la mayor parte de su decoración interior le fue confiada. A lo largo de la década de 1660 realizó allí grandes ciclos pictóricos dedicados a *San Juan Bautista*, *La Pasión*, el *Martirio de San Sebastián* y la *Infancia de Cristo*, por encargo de algunos de sus pares y paisanos, entre ellos los poderosos curacas del ayllu Sucso.

Esos conjuntos -infortunadamente mermados por un incendio reciente- compendian la original madurez de Quispe Tito. Su manera personal irá dando cuenta de una esforzada y constante evolución, que lo llevaría a recrear con gran habilidad las fórmulas del barroco flamenco. Especialmente dotado para la composición, logró alternar e incluso combinar modelos gráficos de épocas y estilos distintos, desde el romanismo contrarreformista hasta el barroco triunfal de la escuela de Rubens. A través de una pincelada precisa y ágil, al servicio de una vivaz sensualidad cromática,



Phillipe Thomassin. *Juicio Final*, 1606. Grabado, Roma

dio forma a los «paisajes sacralizados», género favorito de la pintura surandina. En este tipo de obras, Quispe Tito emplaza los episodios evangélicos o las vidas de los santos en medio de fantásticos escenarios naturales, inspirados por los «países» de Flandes. Construye así una suerte de metáforas del paraíso, donde la anécdota sacra transcurre entre lejanías azuladas, frondosos bosques y avejillas multicolores sobrevolando alrededor, cuya huella se dejó sentir en el arte andino del siglo siguiente. Pronto la fama del maestro trascendería hacia el Alto Perú, y ya en 1667 ejecutaba para las iglesias de Potosí un *Jesús entre los doctores del templo* y *Los desposorios de la Virgen*, ambos actualmente en el Museo de la Casa de Moneda de esa ciudad.

Dentro de la propia capital incaica, una de las obras más ambiciosas de Quispe Tito es el vasto lienzo de *Las postrimerías* o el *Juicio Final*, realizado para presidir la portería del Convento de San Francisco, donde permanece hasta hoy. Esa temática, relacionada con el juicio de las almas al final de los tiempos, tenía antiguas raíces en los Andes. Al respecto conviene recordar la recomendación que hacía Felipe Guamán Poma de Ayala en un pasaje de su *Nueva Corónica y Buen Gobierno*, al afirmar -recojiendo las conclusiones del





Diego Quispe Tito. *Juicio Final*, 1675. Óleo sobre tela, 5,82 x 2,80 m., Cuzco, Convento de San Francisco. Foto: Daniel Giannoni

tercer concilio limense- que cada templo del virreinato debía tener en lugar visible este relato escatológico «para que sea testigo del cristiano pecador». Como es evidente, la prefiguración de ese momento, crucial para el destino humano, ponía en escena la lucha entre el bien y el mal, así como la oposición premio-castigo: una dialéctica persuasiva que demostró gran eficacia no solo en el contexto de la evangelización y las «extirpaciones de idolatrías», sino que lograría extender su mensaje admonitorio a lo largo de toda la historia virreinal.

Es interesante constatar cómo este motivo, virtualmente abandonado en la pintura europea a partir de 1630, cobró renovada vigencia en el Cuzco, como lo prueba el encargo hecho a Quispe Tito por la comunidad franciscana en 1675, durante el gobierno eclesiástico del obispo Mollinedo. Para ello, le proporcionaron un modelo gráfico estrechamente vinculado a la historia reciente de la orden seráfica. Se trata de la ambiciosa composición estampada en 1606 por Phillippe Thomassin (1562-1622), grabador francés establecido en Roma, quien desarrolló el asunto a través de ocho planchas que se ensamblan entre sí a manera de un rompecabezas. Aquella obra fue dedicada al cardenal Pompeo Arrigoni (1552-1616), protector de la Orden de los Menores Observantes y Secretario del Santo Oficio, cuyo escudo se ve sostenido por un ángel volante en la parte central derecha del conjunto.

Asimismo, se hace evidente el protagonismo otorgado a San Francisco de Asís, enfatizando su jerarquía espiritual de *imitator Christi* o «segundo Cristo en la tierra». Situado en el eje central de la escena, inmediatamente debajo del Salvador y encima de san Miguel arcángel, el *poverello* es mostrado en su papel de intercesor de la salvación humana, al pie de la cruz y entre dos ángeles que portan los símbolos de la Pasión. Quispe Tito adaptó la composición de Thomassin, originalmente planteada en sentido vertical, a un formato marcadamente apaisado que retoma, de manera inconsciente, ciertos sistemas medievales de representación.

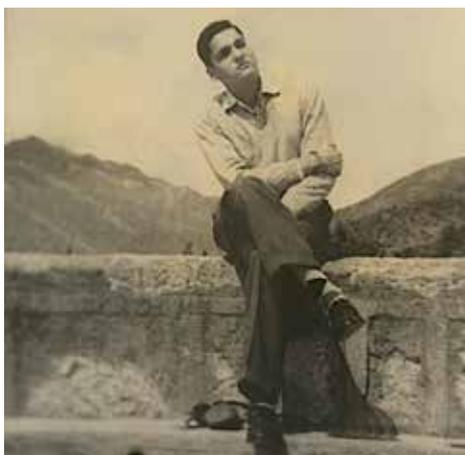
Organizado en sucesivos «estratos», este esquema permite mostrar con claridad las jerarquías celestes y la marcada distancia entre los elegidos y los condenados, estos últimos cayendo inexorablemente a las fauces de un atemorizador Leviatán que los espera en un nivel subterráneo. La abundancia de textos en castellano,

destinados a explicar cada pasaje del juicio, confirma el sentido didáctico y moralizante de su iconografía, a través de la cual los comitentes y el artista buscaron aproximarse al espectador andino. La zona del Purgatorio incluye llamativas notas localistas, como la figura del inca con la *mascapaicha*, junto a reyes, papas y cardenales, e incluso un probable autorretrato, como quiere la tradición, en el indígena converso que está a punto de alcanzar la gloria de los elegidos o la salvación eterna. En los decenios siguientes, este mismo modelo iconográfico, reelaborado por Quispe Tito en el Cuzco, sería replicado con variantes, una y otra vez, por numerosos artistas anónimos en las iglesias del sur andino y el Altiplano.

*Historiador de arte peruano, miembro del Comité Académico de Cultura del Museo de Arte de Lima.

En la portada: detalle del purgatorio y la puerta del cielo. Abajo, detalle de la resurrección (pág. 2) y del infierno.





EL VIAJE DE JAVIER HERAUD

El cineasta Javier Corcuera (Lima, 1967), uno de los documentalistas más apreciados del cine iberoamericano, lleva su nombre en recuerdo del poeta Javier Heraud, quien fuera cercano amigo de su padre, el poeta Arturo Corcuera. Heraud nació en Lima, en 1942; estudió en el colegio Markham e inició estudios de letras en la Pontificia Universidad Católica y, luego, de derecho en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Sobresalió entre las nuevas voces de la poesía peruana, con dos breves e impecables obras: *El río* y *El viaje* (1960), que anticipaban en él a un creador especialmente dotado. Compartió, con César Calvo, el premio «Poeta Joven del Perú» y alternaba sus estudios universitarios con una temprana vocación magisterial, cuando fue invitado a un foro juvenil en Moscú, en 1961, y al año siguiente, obtuvo una beca para estudiar cine en Cuba.

En medio de la efervescencia del naciente régimen cubano y las convulsiones sociales que sacudían entonces al Perú, el joven poeta no tardó en convertirse en un romántico rebelde enrolado en las filas de una ilusa aventura guerrillera. En 1963, Heraud regresó al Perú por la región amazónica de Madre de Dios, en compañía de un pequeño grupo. Luego de un confuso incidente con las fuerzas del orden, en el que resultó abatido uno de sus miembros, Heraud fue acorralado cuando surcaba el río en una canoa con uno de sus compañeros, a quien salvó al caer sobre él.

Sobre la breve vida del carismático poeta y su trágica muerte, Javier Corcuera ha realizado un cuidadoso y emotivo documental: *El viaje de Javier Heraud* (2019). La cinta tiene como hilo conductor las indagaciones que realiza una sobrina nieta del poeta, Ariarca Otero, para recuperar su memoria. El documental, que obtuvo un premio en el Festival de Lima y se proyectó con remarkable acogida en las salas locales, ha empezado a ser exhibido en diversas partes. Ganador de un Goya -con otros directores- por *Invisible* (2007), Corcuera es autor de una de las películas más celebradas del cine peruano: *Sigo siendo* (*Kachkaniraqmi*), disponible en la plataforma Filmin, donde también se podrá apreciar próximamente esta nueva obra. La figura de Heraud ha sido abordada, además, en la película de ficción: *La pasión de Javier* (2019), dirigida por Eduardo Guillot y protagonizada por Stefano Tosso y Vania Accinelli.

<https://www.youtube.com/watch?v=ggVESWWwam8>
<https://www.filmin.es/pelicula/sigo-siendo>
<https://www.youtube.com/watch?v=jso6PkIoubo>

AGENDA



EDITH RAMOS, VOZ DE LAS ALTURAS

La soprano y charanguista Edith Ramos Guerra nació en Ayaviri, Puno, en 1983. Inició su formación musical en el Instituto Leandro Laviña del Cuzco y estudió luego en el Conservatorio Nacional de Música, en Lima. Desde muy joven ha difundido el repertorio tradicional de su región, en aimara, quechua y español, acompañada en muchos casos de su variante favorita de charango, el llamado «chillador». Un creciente reconocimiento a su obra musical le ha permitido presentarse también en otros países. En 2011, apareció su primer disco: *Tikarisun* (florecer, en quechua). El año pasado ofreció, junto a Fernando Valcárcel, pianista y director de la Orquesta Sinfónica Nacional, un recital interpretando «Los treinta y un cantos del alma vernácula» del notable compositor puneño Theodoro Valcárcel. En su más reciente grabación, el huayno «Miro la luna», cuenta con el acompañamiento del arpista apurimeño Juan Antay Anca.

<https://www.youtube.com/watch?v=zSBBwXeYADk>
<https://cutt.ly/cgSbm1W>



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES
DIRECCIÓN GENERAL PARA ASUNTOS CULTURALES



CENTRO CULTURAL
INCA GARCILASO
Ministerio de Relaciones Exteriores
del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú
quipuvirtual@rree.gob.pe

www.ccincagarcilaso.gob.pe